

trina cristiana, por lo cual Carlos V y Felipe II le concedieron privilegios de Catedral; en ella fué celebrado el primer concilio mexicano y las primeras confirmaciones, cerca de su entrada veíase la altísima cruz formada por los primeros religiosos de un colosal ahuehuate traído con gran dificultad desde Chapultepec; esa cruz, por su enorme corpulencia, era objeto de adoración entre los mexicanos, y se percibía desde muy lejos, porque descollaba por encima de los edificios más altos, sin exceptuar las torres.

Demolida la célebre capilla de San José el año de 1769, en que dejó de ser curato, en cambio fué construida la capilla de los Servitas en Noviembre de 1791, estableciéndose desde entonces la hermandad que llevaba ese nombre, con tal motivo hubo solemnes procesiones, iluminaciones en el templo y calles circunvecinas, fuegos artificiales y cortinas en los edificios de las calles que recorrió la procesión.

Celebrábase en San Francisco solemnemente la calenda de Navidad, referente á la fecha del nacimiento del Salvador, computando el tiempo con arreglo á diferentes épocas históricas; la víspera del día en que se conmemoraba el nacimiento del Salvador, á las once de la mañana, tocaba una esquila para llamar á los frailes que iban entrando al coro profusamente iluminado, aun los que estaban dispensados de esa asistencia; cantaban la hora de prima con acompañamiento de órgano, y concluida la última oración, un sacerdote llevaba el martirologio romano que era cantado; postrándose los asistentes decían las peticiones para pedir á Dios un día feliz y en seguida, al salir del coro, se daban los religiosos mutuamente los parabienes. También eran solemnes festividades la del jubileo de Porciúncula y la del 4 de Octubre, en cuya víspera se *encontraban* en la calle los franciscanos y los dominicos, constituyendo este *encuentro* una de las fiestas más concurridas, llamado vulgarmente el *topeton*, que se verificaba en la calle de San Francisco.

Tenían los franciscanos sus capítulos provinciales en una de las semanas que preceden á la Pascua del Espíritu Santo, al medio día y al toque acompasado de una esquila que llamaba á todos los prebendados de las varias casas pertenecientes á la *Provincia*, los cuales tenían derecho de votar; reunidos con anticipación los prebendados en las celdas del convento destinadas á los huéspedes, permanecían sin tener comunicación alguna entre sí, vigilados por los celadores nombrados al efecto, así quedaban, hasta el momento de la elección que se verificaba á los ocho días, y concluida se entonaba el *Te-Deum* en el templo mayor del convento. El Provincial y demás prebendados electos, tenían que dar parte al gobierno del resultado de la elección, costumbre observada desde el tiempo de la administración colonial, los electos hacían una visita de etiqueta al virey y demás autoridades principales.

El color del hábito de estos religiosos fué azul, en vez del color gris usado en España; provino esta diferencia, de que habiéndoseles despedazado el hábito á los primeros misioneros en los trabajos y viajes que hacían y no disponiendo de sayal, ni de lana con que reponerlo, acudieron al expediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de los hábitos viejos, y que fuese cardada é hilada la lana de que

estaban formados, para tejer otros nuevos, y siendo necesario darle un color más duradero, los hicieron teñir con añil, que era el tinte más común en México.

*

Los claustros de un convento de la categoría de San Francisco, eran elegantes y cómodos, con numerosas celdas y elevados techos, de construcción sólida y magistosa; las paredes en el interior de la iglesia y en los claustros, estaban cubiertas de cuadros colosales pintados al óleo, de un mérito artístico reconocido por los inteligentes.

Durante muchos años gozó el vasto edificio de merecida celebridad, ya por la hermosura de su iglesia y capillas, ya por la amplitud de los claustros y demás partes anexas, y todos los viajeros que venían á la capital, hacían de moda visitar ese convento. El conde de Revillagigedo y la viudedad su esposa, lo visitaron en la tarde del 12 de Setiembre de 1754, los visitantes gastaron toda la tarde en recorrer los claustros, dormitorios, noviciado, enfermería, capillas y demás, pues entonces circunvalaban al convento cuatro cuerdas, en la celda del padre comisario general, fueron obsequiados con exquisito refresco, retirándose la comitiva á Palacio hasta cerca de las ocho de la noche.

El convento tenía nueve dormitorios con trescientas celdas, formando dos claustros adornados con grandes lienzos de pinturas notables, que representaban la vida de San Francisco con las explicaciones correspondientes en romance lacónico y claro, los techos estaban cubiertos con cielos rasos; dos grandes piezas servían de refectorio capaz para quinientos religiosos y había una *sala de profundis*. El convento tuvo cuatro escaleras principales, una dedicada á San Buenaventura, adornada con tres lienzos representando su vida, y en el techo estaban esculpidas en relieve las virtudes y el Espíritu Santo en medio, pendiente. En el primer descanso había una puerta que comunicaba con la capilla de Nuestra Señora de Aranzazu, siendo de notar en esa escalera varias pinturas y esculturas. Las otras tres escaleras bajaban: una á la *sala de profundis*, otra á la ante-sacristía, con ramales para el claustro principal y cuarto de los lectores, en el descanso tenía esta una pequeña capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, y abajo otra dedicada á San Antonio. La cuarta escalera que en el segundo claustro subía al cuarto y dormitorio de los comisarios generales, tenía el techo adornado con pinturas alegóricas á la Orden.

*

Una de las más notables funciones verificadas en San Francisco, fué, en 1559, la de las honras que se hicieron al Emperador Carlos V en la capilla de San José, cuya relación fué impresa en 1560 en México, por Antonio Espinosa. Entonces se escogió esa iglesia porque la Catedral era baja y pequeña, no dejando lugar para la colocación del túmulo y también porque estando tan cerca de la iglesia la casa real, de donde había de salir la procesión, ésta no podría ser vista ni lucir.

El arquitecto Claudio de Arciniega fué comisionado para trazar el túmulo y lo hizo procurando presentar un trabajo original; desde luego fueron derribados catorce arcos de cantería que impedirían la vista del túmulo; también dispuso el virrey que en toda la comarca de México fuesen pintados una gran cantidad de escudos imperiales y reales, con alegorías, encomendándose el trabajo, según se infiere de la orden, á los pintores indios que se cree serían aquellos á quienes había instruido el Padre Gante en la escuela que estableció junto á la misma capilla de San José, vasto templo que tuvo siete naves asentadas sobre gran cantidad de columnas que para la festividad de las honras fueron jaspeadas; se calculaba que en esa capilla cabrían cuarenta mil personas,¹ siendo aun mayor el número de los que se encontraron en las exequias. El túmulo fué levantado fuera de la capilla, cerca de ella, para dejarla expedita en los oficios y para que el mausoleo pudiera tener la altura conveniente. Este túmulo fué un templete ó capilla abierta, sostenida por doce columnas y con un cuerpo avanzado en cada frente; el orden arquitectónico fué el dórico; al centro del catafalco se ascendía por catorce escalones: estaba la tumba cubierta con un rico paño de brocado y encima una cruz de cristal guarnecida de oro y ricamente labrada, rematando este primer cuerpo con agujas ó obeliscos triangulares; seguía el segundo compartimiento con las armas imperiales, alegorías y versos latinos, según tenía todo el túmulo, cuya altura fué de treinta y dos pies.

Las insignias imperiales fueron conducidas en procesion, el 30 de Noviembre; se cantó el oficio de vigilia, asistiendo el virrey, Arzobispo, Obispos de Nueva Galicia y Michoacan, clérigos, religiosos, Ayuntamiento, Universidad, nobles y caballeros, con los gobernadores indígenas de México, Tacuba, Texcoco y Tlaxcala; la procesion siguió por las calles de San Francisco, saliendo de la casa real, y al día siguiente hubo otra procesion ántes de la misa que dijo el obispo de Michoacan, en la que predicó el Arzobispo.

En el día de las honras, sobre los paños negros que cubrían el catafalco, se pusieron multitud de escudos imperiales y figuras representando la muerte, se construyeron de madera cuarenta altares para que cuatrocientos sacerdotes dijeran misa, siendo diez altares para cada orden religiosa, y los clérigos usaron los suyos; la cera consumida ascendió á doscientas arrobas. Los lutos fueron publicados veinte días ántes de las exequias, y hubo individuo que en los suyos gastara mas de mil pesos. La afluencia de visitantes á la ciudad fué enorme, estando las plazas y calles llenas.

*

Corría el año de 1525 y en el gobierno de los tiranos Salazar y Chirino, se habían refugiado en el convento de San Francisco, algunos individuos de los perseguidos, del cual fueron sacados por la fuerza violando el sagrado del claustro. Tal atentado no fué sufrido por fray Martín de Valencia, que era el juez eclesiás-

(1.) Cervantes Salazar; túmulo imperial.

tico en México, é inmediatamente requirió por tres veces á los gobernadores, amenazándolos con censuras eclesiásticas, si no reponían á los retraídos en el mismo lugar donde los habían arrebatado. Los gobernadores se hicieron sordos al requerimiento, entónces el custodio fulminó entredicho y reuniendo á los frailes de la comunidad y los vasos sagrados, salió en procesion de México para Tlaxcala; ante tan enérgica actitud y temiendo los gobernadores las consecuencias de un motin, hicieron regresar á los religiosos y repusieron en el convento á los retraídos; cuando fray Martín volvió de Tlaxcala, absolvió públicamente á los gobernadores, que se portaron con irreverencia, insultando á los frailes.

Después que fray Martín de Valencia obligó á Salazar y Chirino á reponer en el monasterio á los retraídos que de allí habían sido sacados, llegó Cortés y su primer paso fué dirigirse al convento de los franciscanos para dar gracias al Altísimo, por haber permitido á los religiosos que conservaran el orden en la Nueva-España, poniendo límite á los desmanes, á las injusticias y á las profanaciones que entónces se cometieran. Habiendo los retraídos en San Francisco batido á sus contrarios, pusieron dentro de jaulas á Salazar y Chirino, destituyendo á los que de éstos habían recibido empleos.

Los franciscanos fueron muy adictos á Cortés, y cuando los encomenderos, enemigos de éste, le hacían cruda guerra para desprestigiarlo en el ánimo de Carlos V, lo defendieron contrariando el feudalismo y expresándose enérgicamente en los siguientes términos;

—“Lo que el Presidente con sus odores, por sugestion de los encomenderos de Nueva-España proponen de enfeudar estos pueblos para el mejor tratamiento, conversion á la fé y obediencia al rey, no es para otra cosa, que para continuar con el pretexto de la religion y buen trato, en el modo tiránico con que hasta este día han gobernado á los mexicanos que se les encomendaron. ¿Cuándo jamás estos hombres despiadados han tenido algun pensamiento de la conversion de estas Naciones? ¿Cuándo de tratarlas humanamente? Nosotros somos testigos del modo de proceder de estos encomenderos en los últimos cinco años, y en ellos hemos visto que las vejaciones que les hacían, parecían tener por fin su destruccion, y de aquí inferimos cuánto mas crueles habrán sido los otros tres años que habían pasado después de la conquista. Ha sido una providencia particular de Dios, que con todos los medios que han puesto para destruir á los mexicanos aun no lo hayan conseguido. El arbitrio para hacer á las Naciones del Nuevo-Mundo esclavas para su reduccion á la fé, y á la obediencia del Rey, es sin duda inicuo, porque Dios prohíbe á los hombres toda abominacion, bien que de ella hubiesen de resultar los mayores bienes. Los sacrificios jamás son gratos, si las manos que los ofrecen son impuras. *Ménos mal es que ningun habitador del Nuevo-Mundo se convierta á nuestra Santa Religion, y que el Señorío del Rey se pierda para siempre, que el obligar á aquellos pueblos á lo uno y á lo otro en la esclavitud.*”

Los franciscanos estimaron y recomendaron á los hombres notables que venían á Nueva-España, pues al morir D. Luis de Velasco 1.º escribieron acerca de esta

desgracia, á Felipe II, en estos términos: «Del modo con que irá en adelante el gobierno de esta Nueva-España, conocerá V. M. la falta que hace el virey Velasco, al hijo que queda en México lo recomendamos, para que por los servicios de su padre se le atienda.»

Los franciscanos tuvieron constantemente cierto carácter de independencia, bastante notable si se atiende á las circunstancias de la época; defendían sus privilegios y no quisieron subordinarse á la autoridad civil. Siendo virey D. Martín Enriquez, fué una vez el comisario de San Francisco, fray Francisco de Rivera, á buscar al virey para tratar un asunto de importancia; despues de haber esperado largo rato y de hacerse anunciar dos veces por el paje, no fué recibido, entónces regresó el religioso mohino á su convento, tomando por desaire lo que habia pasado. Pocos dias despues, predicando delante del virey en Catedral, desfogó sus sentimientos en las siguientes palabras que dejó caer desde el púlpito: «En Palacio á todos se iguala, no se hace diferencia entre eclesiásticos y seculares.» El virey se quejó con la Audiencia, acusando al franciscano de que le habia zaherido; el comisario fué compelido á salir para España, se cambiaron contestaciones entre una y otra parte, y por fin el comisario reunió á sus frailes y en procesion, llevando delante la cruz y cantando salmos salió de México para Veracruz; la poblacion toda se conmovió y aunque el virey pretendió castigar al comisario con medidas rigurosas, le aconsejaron que no lo hiciera sino ántes bien permitiese que su antagonista regresara desde Cholula en donde se habia quedado con los frailes. Mas tarde salió de la Nueva-España el comisario Rivera, llamado por el Rey.

*

En San Francisco fué cantado un solemne Te-Deum, en accion de gracias por el éxito obtenido en la revolucion de Iguala que trajo la Independencia de México, presidiendo la funcion D. Agustín de Iturbide, objeto de la admiracion y las simpatías del pueblo. Es singular que alli mismo diez y siete años despues, en 1838, se verificaran las honras en memoria de aquel caudillo, cuyos restos eran trasladados á la capital desde el cementerio de Padilla; desarrollaron los franciscanos en esta vez inusitada pompa, de esa que raras ocasiones se vé; el fondo de la iglesia estaba cubierto de negro tapíz desde la bóveda hasta el pavimento, é igualmente lo estaban las cuatro columnas del centro del crucero, con haces de banderas tricolores; bajo la media naranja aparecia suspendido un pabellon tricolor del cual partían cuatro bandas tambien tricolores que iban á terminar en los capiteles de las columnas enlutadas; el pabellon estaba coronado por un penacho trigarante; el suntuoso catafalco se levantaba á mas de treinta piés de altura, su base cuadrada con seis varas por lado y cuatro gradas, tenia encima un pedestal y sobre éste la esbelta pirámide truncada en la cual fueron colocados los restos de D. Agustín de Iturbide, dentro de una urna de cristal y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenia esculpidos los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional; cuatro fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de

plata maciza, estaban en los ángulos de la base del catafalco sobre columnas de cinco varas de altura revestidas de terciopelo negro con franjas de oro; dos granaderos en pié hacían la guardia de honor, y detrás de ellos dos ayudantes del Presidente de la República, de riguroso luto, con espada en mano y cubierta la cabeza. Dijéronse porcion de misas de *requiem* en todos los altares, además de las que fueron cantadas en el altar mayor, alternándose las comunidades y el cabildo eslesiástico; multitud de cirios ardían en el sarcófago y en todos los altares; tres dias permanecieron expuestas en San Francisco las cenizas de Iturbide, que despues fueron trasladadas á la Catedral y se encuentran allí en la capilla de San Felipe de Jesus, segun dijimos al tratar de ese templo.

*

El 27 de Setiembre de 1821, desde muy temprano, estaban completamente llenas de entusiastas ciudadanos las calles de San Francisco, en todos los balcones habia cortinas y sin cesar repicaban las campanas de ese convento, haciendo coro á las de los demás templos; rebosaba el júbilo en todos los corazones y en los semblantes, pues se creía que las dificultades de la Patria habian hallado solucion en el triunfo de la revolucion de Iguala. Magnífica fué la entrada del ejército trigarante por esas calles y las de Plateros.

Antes que la aurora apareciera en el Oriente, ya todos los soldados que debían componer la columna de honor se habian puesto en movimiento, formando los cuerpos de infantería por mitades de compañía cuyo frente era de catorce hombres y los de caballería marchaban con ocho de frente. Mandaba la vanguardia de la division del centro el coronel Anastasio Bustámante, que entró por la calzada de la Verónica; á esta division seguía la de retaguardia, que marchó por el camino que de los hospicios se dirigía hácia Tacuba; á la izquierda de ésta estuvo la de vanguardia ocupando el espacio entre Tacuba y Atzacozalco. Á todas esas tropas se unieron las del coronel Filisola que con anterioridad habia ocupado la capital, saliendo de ésta ántes que amaneciera. Al lado del primer jefe iba el Estado Mayor general; toda la tropa se presentó con respeto, moderacion y el mayor aseo posible, pues algunos batallones estaban casi desnudos, como los surianos que habian hecho la campaña desde 1810. Despues del segundo comandante, coronel Anastasio Bustamante, seguían una compañía de caballería y una guerrilla de cazadores, luego la artillería con el parque, las columnas de infantería y las caballerías, con un frente proporcionado al que podían ocupar en las calles. Distinguieron en esa vez la columna de granaderos imperiales y el batallón de Frontera.

Iturbide, rodeado de multitud de individuos principales de la capital, entraba sin distintivo alguno y por lo mismo atraía mas la atencion en su persona. Las tropas siguieron por la calzada del paseo nuevo y las calles de Córpus y San Francisco, en la estremidad de ésta veíase un arco triunfal en el que esperaba el Ayuntamiento, ante el cual se apeó Iturbide para recibir las llaves y volviendo á montar atra-